

equilibrio de la barquilla, y hasta privados de fumar los aeronautas, porque el cigarro, en la aerostación, constituye un terrible peligro, la angustia debe de ser grande, á menos que se posea un corazón intrépido, una envidiable serenidad. Que la poseen los jóvenes deportistas, no se puede discutir: si su espíritu se achicase, harían la primera ascensión, pero no harían la segunda, la tercera, las muchísimas que ya ha practicado el animoso y afortunado Fernández Duro.

* *

Y hay un poco de injusticia histórica en el destino de los héroes del aire. Dijérase que así como el humo del cigarro se dispersa en el ambiente que rodea al fumador, la fama de las guapezas y bizarrías aerostáticas se pierde en las nubes hacia las cuales boga decidido el ligero globo. Todo el mundo recuerda y celebra los nombres de los paladines Bernardos y Roldanes; hay aún quien cante las fazañas de Francisco Esteban y otros contrabandistas de colmillo retorcido; pero nadie pronuncia enfáticamente el de uno de esos hombres de pelo en pecho, que sin esperanzas de que la mirada humana se fije en su hombría, se mete en la fragilísima barquilla de un globo y va á sucumbir obscuramente, precipitado como el Icaro fabuloso, revuelto entre los fragmentos de sus rotas alas, á los abismos del mar ó sobre los duros pedregales de algún valle ignorado.

* *

Los aeronautas tienen hasta la elegancia de gesto de afirmar que su terrible *sport* no ofrece peligro. Lo repiten incesantemente, lo porfían: el globo es menos arriesgado que el automóvil... Y acaso sea así: el verdadero riesgo, en el fondo, no importa tanto como la apariencia del riesgo, que señorea la imaginación y apoca el ánimo. En el automóvil se toca la tierra, aunque sea para estrellarse en ella al chocar contra un tronco, un muro, un carro ó un transeunte. En el aire no se puede chocar con nada: sólo la impericia del navegante, su descuido, ocasionan el naufragio aéreo. El camino está despejado y libre, el camino inmenso, sin superficie, sin fondo, sin orillas... Y aseguran los familiarizados con él, que es un placer grande, original, una sensación fuerte y preciosa, el sentirse flotar así, en dulce y fantástica quietud, lejos de todo ruido, sin ver más que como puntos imperceptibles las formas del planeta.

* *

Se podrían escribir varios volúmenes acerca de la superstición actual. «*Il ya bien du mysticisme dans ce siècle qui finit*»—ó decir allá por los años de 1880 á Emilio Zola.—Yo creo que el misticismo, cuya existencia considero efectiva, es una cosa, y otra la superstición que podemos llamar *social*, ajena á todo espíritu religioso y ajena á veces hasta á toda fe.

Y no son los países atrasados los que presentan de un modo más claro los síntomas de la superstición. Averiguamos con sorpresa que en Inglaterra se conservan los terrores medioevales, y no en las clases incultas, que allí las habrá también, sino en las elevadas y aristocráticas. Los periódicos han hablado de duendes y trasgos que todavía frecuentan castillos y *manors*, siendo dueños absolutos de ciertas habitaciones donde no se atreven á pernoctar ni aun quizás á entrar con clara luz del día dueños ni huéspedes. Referencias particulares y autorizadas me permiten creer que no se trata de un *canard* periodístico, sino que es real y efectivo el caso.

Cuando se pregunta, con el natural interés, ¿qué pasa en esas estancias de esos *manors* y castillos del tiempo de los Puritanos y de Cromwell, qué ocurre en esas salas cerradas que nadie osa pisar?... la respuesta no calma ni satisface una curiosidad explicable y legítima. ¡Oh! ¿Qué pasa? Eso es justamente lo que nadie acertó á definir. ¿Qué se ve? Almas del otro mundo, espectros que se aparecen, fantasmas vagos que se deslizan sin tocar el suelo, espejos donde se refleja una figura que no tiene cuerpo real... ¿Pero esto es cosa positiva? Cuando menos, lo afirma gente muy seria, muy honorable, *que lo ha visto*... Desmentirla sería ofenderla. Los fantasmas existen.

* *

Y yo pienso que en España, en este país de romanticismo y de leyendas, no podemos citar nada análogo, á excepción de la famosa *Cámara azul* del palacio del duque de Granada de Ega, romanceada por el Padre Coloma en páginas muy interesantes... Hay, sí, por toda España, en cualquier villorrio, ca-

sas de los Duendes; las hay en el mismo Madrid, y un marqués amigo mío, persona muy inteligente, asegura que su palacio, situado en el riñón de la villa y corte, está *hanlé*, que allí se oyen ruidos misteriosos y quejas profundas y desgarradoras... Pero hay que ver la sonrisa escéptica con que estas afirmaciones se hacen aquí; hay que reconocer la incredulidad española, al lado de la convicción inglesa... Yo creo que, en esa Inglaterra tan tradicionalista, la superstición es una forma de la tradición.

* *

No tengo espacio para referirme á mil supersticiones muy difundidas, que cunden cada día más en la sociedad, y que son verdaderamente candorosas. Otro día hablaré de ellas, con información detenida. Recontaré las manías contra el trece y los martes, contra el cruce de manos y la *bicha*, en favor de los jorobados y de la reunión fortuita de un cojo, un caballo blanco y un cura..., con varios graciosos dislates del mismo género, testimonio de la eterna infancia de la humanidad y de que se necesita creer..., cuando no en el cielo, en el Limbo.

EMILIA PARDO BAZÁN.



El niño violoncelista ANTONIO SALA, que ha dado recientemente y con gran éxito un notable concierto en el Teatro Principal de esta ciudad. (De fotografía de Mariné.)

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

¡Qué chaparrón de niños prodigiosos se nos ha venido encima con la Cuaresma! Cada día aparece uno de estos fenomenitos, y cada biografía y cada retrato que los periódicos nos ofrecen añaden motivos de asombro y de admiración á los que ya teníamos. ¡Cómo! ¡A los siete años se posee todo eso de la inspiración, el sentimiento, la maestría! ¡Cómo! ¡A los diez se *interpreta* á Beethoven, se comprende la recóndita intención de Saint Saens, se hacen maravillas con la música profunda y casi *invisible* de ciertos innovadores sublimes y filosóficos! Es realmente para sentirse aturdido, y para correr á aplaudir tales obras sorprendentes de la naturaleza y de Dios.

* *

Pero es el caso que, al contemplar á esos niños pálidos, de cabello crecido y brillante, de ojos rodeados por ojeras hondas, de actitud elegantemente pensativa, esos niños demasiado finos, demasiado formales, demasiado artistas para su edad, correctamente vestidos, sonrientes y haciendo reverencias al público, al contemplarles, digo, surge involuntariamente la idea de la planta de estufa, forzada, sometida á procedimientos de cultura que no diré que sean antinaturales, pero que, por lo menos, no son los que dispone, en su armónica sabiduría, la madre naturaleza.

El niño no puede ser artista... Si lo es, infringe prescripciones de esa gran madre, más bien severa y dura que cariñosa, en cuyo seno se adquieren energías para la vida y la lucha, recogiendo en los primeros años para sobrellevar el desgaste de los postreros, los embates de ideas, sentimientos y pasiones, que el arte exalta y agiganta, y que consumen la sangre y la fuerza precipitando la vejez. El niño debe ser un inconsciente, y su inconsciencia, su insensibilidad, ó al menos su sensibilidad ligera y tornadiza, deben prolongarse cuanto quepa; y tal es la razón de que filántropos y médicos, cuantos se preocupan de la salud y la higiene, abominen de los artistas precoces, criados en *serre*, como éstos.

* *

Más que los niños asombrosos, interesan mi atención los aeronautas atrevidos y resueltos. Es verdad que, en materias de valor, nos sentimos siempre doblemente impresionados por las valentías que no seríamos capaces de realizar. La sola idea de ascender en una de esas barquillas cuyo sostén á incommensurable altura es una burbuja de seda inflada, me da escalofríos. Todo lo que se quiera, las valentías que sean necesarias, pero sobre la tierra, que es nuestro elemento. Contribuye á la impresión de terror la idea de la falta de espacio donde revolverse—hallándose, sin embargo, flotando en el espacio infinito.—Presos en la estrecha celda de la barquilla, sin poder desentumecer el tronco ni estirar las piernas; obligados á envolverse y cubrirse para evitar el frío, inmóviles por no comprometer el